y poniendo ojos de duelo; entraban en el gabinete, contemplaban un momento á la muerta, haciendo la señal de la cruz y rociando el cadàver con un poco de agua bendita; despues se sentaban en la tienda donde hablaban horas enteras de la pobre mujer, sin cansarse de repetir las mismas palabras, y haciendo cada una alguna observacion particular sobre el cadáver, Al anochecer los Coupeau empezaban á cansarse. Era demasiada afliccion para una familia, tener allí el cadáver tanto tiempo, y el gobierno debia hacer una ley sobre el particular. Mamà Coupeau muda y rígida en el fondo del estrecho gabinete se esparcia cada vez más por la casa y la familia, á pesar suyo iba recobrando su marcha regular, y perdiendo el respeto á la muerte.

—Ustedes comerán un bocado con nosotros, dijo Gervasia à sus cuñadas cuando volvieron. Estamos demasiado tristes.

Pusieron los cubiertos sobre la mesa del trabajo, y todo el mundo viendo los platos pensó en las comilonas que allí habian tenido lugar. Lantier habia vuelto y Lorilleux bajó. Un pastelero acababa de traer una torta, porque Gervasia no tenia la cabeza para ocuparse de guisar. Cuando iban á sentarse, Boche entró á decir que M. Marescot pedia permiso para presentarse. En efecto, el propietario se presentó muy grave, saludó en silencio y se fué en derechura al gabinete, donde se arrodilló.

Era hombre de gran piedad y oró con el recogimiento de un sacerdote, trazando despues una cruz en el aire y rociando el cuerpo con agua bendita. Toda la familia se mantenia de pié vivamente impresionada.

Terminadas sus devociones, M. Marescot pasó á la tienda y dijo à los Coupeau:

Vengo por los dos meses que deben VV. Están en disposicion de pagarlos?

En este momento, no señor, contestó Gervasia muy contrariada al oir hablar de aquello delante de los Lorilleux. Usted comprenderá que con la desgracia que nos ocurre...

Sin duda, pero cada uno tiene sus penas, añadió el propietario. Siento en el alma no poder aguardar más... Si no han pagado VV. pasado mañana me veré obligado á recurrir à la expulsion.

Gervasia le imploró juntando las manos y con las lágrimas en los ojos, pero él con un movimiento de su huesuda y enorme cabeza le hizo comprender que las súplicas eran inùtiles Por otra parte, el respeto debido à los muertos prohibia toda discusion. Retiróse discretamente andando hácia atrás.

—Ustedes dispensen que haya venido á molestarles; hasta pasado mañana.

Y como al salir pasase de nuevo por delante del gabinete, saludó por última vez con una genuflexion devota.

Al principio la comida tuvo cierto carácter triste apropiado al caso, pero al llegar à los postres varió la decoracion. A cada momento Gervasia ó cualquiera de sus cuñadas se levantaban con la boca llena, é iban á echar una ojeada al gabinete; pero al fin ellas se cansaron de andar levantándose y sentándose, y mamá Cou-

peau quedó olvidada. Habian hecho café bastante cargado para estar despiertos toda la noche. Los Poisson vinieron á eso de las ocho y se les invitó à tomar un vaso. Entonces Lantier que observaba el rostro de Gervasia pareciò aprovechar una ocasion que estaba esperando desde por la mañana. Apropósito de la grosería de los propietarios que entraban á pedir dinero en las casas donde habia un muerto, dijo bruscamente:

¡Ese bribon con su cara de sacristan es un jesuita... yo en vuestro lugar le dejaria plantada su tienda!

Gervasia fatigada, respondió con cierto abandono:

—Sí, pues lo que es yo no aguardaré á que vengan á embargar; ya estoy hasta la punta de los pelos.

Los Lorilleux, gozaban de antemano con la idea de que la coja dejase el establecimiento, aprobaron su determinacion, diciendo que nadie sabia lo que costaba una tienda y que aunque no ganara más que tres francos en otra parte por lo ménos no se expondria á perder grandes sumas. Insistieron en este argumento, y como la planchadora parecia que se dejaba convencer Lantier hizo una seña à los Poisson y Virginia intervino mostrándose muy amable,

—Ya saben vds., dijo, que podemos entendernos. Yo tomaría el traspaso de la tienda y arreglaría con el propietario la cuestion de los atrasos para que les dejase à vds. tranquilos.

—No, gracias; contestó Gervasia sintiendo un sacudimiento repentino.

Ya sé donde encontraré dinero para pagar los dos

meses si quiero. Trabajaré; á Dios gracias, tengo mis brazos.

—Más tarde se hablará de eso, se aventurò á decir el sombrerero. Esta noche no es conveniente, mañana si es caso.

En aquel momento la señora Lerat, que habia entrado al gabinete, lanzó un ligero grito. Habia sentido un gran miedo, porque la vela se habia consumido. Todos se apresuraron á encender otra, algo preocupados porque el apagarse la luz junto á un muerto, segun ellos, no era buena señal.

Empezó el velatorio, y Coupeau se tendió en la cama, no para dormir, segun él decia, sino para consultar á solas con la almohada, pero lo cierto es que á los cinco minutos roncaba de lo lindo. Cuando enviaron à Nana á acostarse en casa de los Boche, la muchacha se echó á llorar porque estaba relamiéndose desde por la mañana con la esperanza de acostarse en la cama de su buen amigo Lantier. Los Poisson se estuvieron allí hasta media noche. Al fin hicieron un ponche porque el café excitaba demasiado los nervios de aquellas señoras. La conversacion tomó cierto aspecto *bucólico.* Virginia habló del campo y dijo que desearía que la enterrasen en un bosque y que creciesen flores campestres sobre su tumba. La señora Lerat tenia ya guardada en su cómoda la sábana que le habia de servir de sudario, y la perfumaba de cuando en cuando con agua de Lavanda, pues queria tener buenos olores cuando estuviese comiendo jaramagos por la raíz. Despues, y sin transicion, el marido de Virginia, refirió que aque-

lla mañana habia detenido à una jóven por robar en una salchichería, y al desnudarla en casa del comisario le habian encontrado diez salchichones colgados al rededor del cuerpo, por delante y por detràs. Como la Sra. Lorilleux dijese, haciendo ascos que por nada del mundo comeria de aquellos salchichones, todos se echaron à reir, justificando el dicho de que no hay velatorio sin jolgorio.

En esto se oyó un ruido singular que salia del gabinete. Todos alzaron la cabeza y se miraron unos á otros.

—No es nada, dijo Lantier bajando la voz, es la muerta que se vacia.

La explicacion tranquilizó al auditorio.

Al fin se retiraron los Poisson. Lantier se fué con ellos, diciendo que iba á casa de un amigo, á fin de dejar su cama á las señoras para que pudiesen descansar por turno. Lorilleux subió á acostarse solo, diciendo que era la primera vez que le sucedia aquello, despues de su matrimonio. Entònces Gervasia y las dos hermanas se colocaron al rededor del brasero donde tenian puesta una cafetera con café caliente, y allí arrebujadas y con las manos metidas bajo del delantal se pusieron á hablar en voz baja en medio del silencio de la noche.

La Sra. Lorilleux se quejaba de que no tenia vestido negro, y de que no podia comprar uno, á causa de lo apurados que estaban, entónces preguntò á Gervasia si no dejaba mamá Coupeau la falda negra que le habia regalado el dia de su santo. Gervasia fué á buscarla y

quedaron en que haciendole un cogido en la cintura podria servir. Pero la Señora Lorilleux habló ademas de la cama, del armario, de las dos sillas y de otra porcion de cachivaches, que segun ella era preciso repartir. Entonces falto poco para que volviesen à reñir. La Sra. Lerat puso paz diciendo, que era muy justo que los Coupeau, que habian cargado con su madre se quedaran con los cuatro guiñapos que dejaba. Todas tres volvieron de nuevo à acurrucarse en torno del brasero, sosteniendo una conversacion monótona. La noche les parecia terriblemente larga. De cuando en cuando bebian un poco de café y echaban una mirada hàcia el gabinete, donde la vela, que nadie se habia cuidado de despabilar, ardia con una llama rojiza y triste. Cerca del amanecer estaban titiritando á pesar del calor del brasero, y sentian un gran cansancio y sequedad en la boca, à causa de lo mucho que habian hablado. La Sra. Lerat se acostó en la cama de Lantier, y à los pocos segundos roncaba como un hombre, miéntras que las otras dos con la cabeza caida dormitaban delante del fuego. Al despuntar el dia, se despertaron asustadas. La vela de mamá Coupeau acababa de apagarse otra vez, y como en medio de la oscuridad se volviese á oir el mismo ruido sordo que antes, la Sra. Lorilleux dijo en voz alta para tranquilizarse à sí misma:

—Se está vaciando, y al mismo tiempo encendió otra vela.

El entierro debia tener lugar à las diez y media. ¡Vaya una mañana que les esperaba despues de aquella noche de perros! ¡Gervasia estaba tan aburrida que hubiera dado, á pesar de no tener un cuarto, cien fran-

cos porque se llevasen á mamá Coupeau tres horas antes de la señalada. Aunque se quiera á las personas, son muy molestas cuando están muertas y cuanto mas cariño se les tiene, mas se desea que se las lleven cuanto antes.

Afortunadamente una mañana de entierro está llena de peripecias y distracciones, á causa de los mil preparativos que hay que hacer. Primero tomaron el desayuno y despues se presentó el tio Bazouge, el enterrador que vivia en el piso sexto, el cual trajo el ataud y el saco de salvado. El buen hombre no se quitaba nunca la mona de encima.

Aquel dia, à pesar de ser las ocho de la mañana, estaba todavía con la de la víspera.

—¿Esto es para aquí? dijo.

Y soltó en el suelo la caja, que produjo un ruido de madera nueva.

Pero al poner el saco al lado de la misma, se quedó con la boca abierta viendo á Gervasia delante de él.

—Dispense V., me he equivocado, tartamudeó. Me habian dicho que era para este cuarto.

Ya habia cogido nuevamente el saco, cuando la planchadora le dijo:

—Déjelo V., es para aquí.

—¡Ah! ¡ya caigo! añadió el sepulturero dándose una palmada en la pierna, ¡es para la vieja.....

Gervasia se habia puesto pálida. El tio Bazouge habia creido que la caja era para ella. El mostrándose galante, y procurando escusarse, continuó diciendo:

—Como decian ayer que habia muerto una en el piso bajo, yo crei..... Ya sabe vd., en nuestro oficio estas cosas entran por un oido y salen por otro. De todos modos, me alegro de haberme equivocado. ¡Cuanto mas tarde será mejor, aunque la vida no tiene mucho bueno que digamos.....

Ella le escuchaba y retrocedia, temiendo que la cogiese con sus manos sùcias para meterla en la caja. Ya una vez, la noche de su boda, le habia oido decir que él conocia muchas mugeres que se alegrarian mucho de pasar por sus manos. ¡Ella no era de este número, y sentia frio solo de pensarlo! Aunque su existencia no tenia nada de agradable, no queria morir tan pronto, y preferia pasar hambres y miseria á morirse en un momento.

—¡Está borracho! murmurò la planchadora, deberia no enviar gente así ya que hace pagar tan caro.

Entónces el sepulturero se mostró burlon é insolente.

—¡No se apure vd. que otra vez será! Siempre estoy á sus ordenes, y no tiene vd. mas que hacer una mala señal. Yo soy el consolador de las damas..... Y no haga vd. ascos al tio Bazouge, porque ya ha tenido en mis brazos otras mejores que vd. que se han dejado arreglar sin quejarse.

—¡Cállese tio Bazouge! dijo severamente Lorilleux, que acudió al oir las voces. Déjese de bromas inconvenientes, pues si se dá una queja le echarán á vd. á la calle..... ¡Ea! márchese vd. y tengamos la fiesta en paz. ¡Respete vd. las conveniencias!.....

El sepulturero se alejò murmurando entre dientes:

—¡Vaya con la conveniencia!..... ¡no hay mas conveniencia que la honradez!.....

Al fin dieron la diez y todavía no habia llegado el coche. En la tienda habia multitud de amigos y vecinos, el Sr. Madinier, Mes-Bottes, la Sra. Gaudron y la Srta. Remanjou. La familia estaba reunida en la trastienda recibiendo á los que llegaban. La impaciencia crecia, y à cada instante se oia el brusco roce de los vestidos, ya de la Sra. Lorilleux que habia olvidado su pañuelo, ya de su hermana que corria en busca de un devocionario prestado. Todo el que llegaba veia en medio del gabinete la caja abierta delante del lecho, y sin darse cuenta de ello, se ponia á calcular que no era posible que cupiese allí el cadáver de mamá Coupeau. De pronto el Sr. Madinier entró á decir que ya estaban allí. Eran los cuatro enterradores que entraron en fila con paso acelerado. Sus trajes negros estaban viejos y descoloridos á causa del roce continuo con los ataudes. Al frente de ellos el tio Bazouge, que à pesar de estar borracho, cuando entraba en el ejercicio de sus funciones, recobraba su aplomo y serenidad. Con la cabeza inclinada y sin decir una palabra, midieron con la vista á mamá Coupeau.

El mas bajo de ellos que era un jóven algo vizco, echò el salvado en el ataud y estendió el sudario encima. Despues cogieron el cadáver, dos por los piés y otros dos por la cabeza, y con la mayor suavidad como si fuese una pluma, la colocaron en la caja que se adaptaba al cadàver como anillo al dedo, lo cual admiró á los asistentes; de seguro cuando estaba de cuerpo presente habia disminuido su volúmen. Entónecs el sepul-

turero bizco, cogió la tapa é invitò à la familia á dar el último adios á la difunta, mientras el tio Bazouge preparaba los clavos y el martillo. Coupeau, sus dos hermanas, Gervasia y algunos otros, se arrodillaron y besaron el cadáver, derramando gruesas làgrimas que caian sobre aquel rostro rígido y frio como el hielo. La tapadera cayó y el tio Bazouge con la mayor maestría, la clavó en un decir Jesus. ¡Todo habia concluido! Llegó el momento de partir.

—¡Parece mentira que todavía quieran echarla de personas y hacer fanfarronadas! dijo la Sra. Lorilleux á su esposo, al ver el coche fúnebre que acababa de llegar à la puerta.

Toda la calle estaba en conmocion; los vecinos unos en las ventanas y otros en las puertas, murmurando de aquel alarde de lujo de los Coupeau. Mas valia, decian algunos, que pagaran sus deudas. Pero como decia la Sra. Lorilleux, el que tiene orgullo siempre enseña la punta de la oreja.

—¡Es una verguenza! decia al mismo tiempo Gervasia, hablando del cadenista y su muger. ¡No han sido esos roñosos ni para traer un ramito de violetas para su madre.

Los Lorilleux, en efecto, se habian presentado con las manos vacias. La Sra. Lerat habia traido una corona de flores artificiales y los Coupeau una de siempre-vivas y un ramillete. Los sepultureros colocaron, no sin trabajo el ataud en el coche. y el cortejo se puso en marcha. Delante iban presidiendo el duelo con el sombrero en la mano, Lorilleux y Coupeau, que para sostenerse se agarraba del brazo de su cuñado. Despues

seguian ios hombres, el Sr. Madinier muy grave y vestido de negro, Mes Bottes con un gaban encima de la blusa, Boche, Lantier, Gaudron, Bibi la Grillade, Poisson y otros. En el último término venian las mugeres; en primera fila la Sra. Lorilleux, con el vestido negro de la difunta, y la Sra. Lerat, cubriendo con un chal su improvisado traje de luto y á continuacion Virginia, las Sras. Gaudron y Fauconnier, la Srta. Remanjour y el resto del acompañamiento. Gervasia que se habia quedado atrás para cerrar la tienda, dejó à Nana al cuidado de la Sra. Boche, se incorporó al cortejo apresurando el paso, al tiempo que llegaba tambien Gouget. Este se uniò à los hombres, pero antes volvió la cabeza y saludó à Gervasia, con tal amabilidad y dulzura que ésta sc conmovió hasta el punto de saltársele las lágrimas. No lloraba precisamente por mamá Coupeau, sino por algo que subia à su garganta y la ahogaba. Durante todo el camino no se quitó el pañuelo de los ojos, excitando esto mas la cólera de la Sra. Lorilleux que la acusaba de hipócrita.

En la iglesia se despachó pronto la ceremonia, y eso que la misa duró un poco mas, porque el sacerdote era anciano. Mes Bottes y Bibi la Grillade prefirieron esperar à fuera. El Sr. Madinier estuvo durante todo el tiempo observando á los curas y comunicando á Lantier todas sus observaciones, por cierto nada católicas; entre otras cosas decia que los buenos sacerdotes mascullando su latin, enterraban á un cristiano lo mismo que si lo bautizasen ó casasen, sin esperimentar en su corazon el menor sentimiento. Todos los hombres le dieron la razon. Terminado el oficio, púsose de nuevo en marcha el cortejo fúnebre. Felizmente el cementerio estaba cerca, al fin de la calle de Marcadet. Todos entraron á la desbandada, hablando cada cual de sus negocios. La mañana estaba bastante fria. Llegados á la sepultura, colocáronse al rededor de ella; en esto salió de la capilla del cementerio un sacerdote con sobrepelliz, tiritando de frio, el cual rezó de prisa y corriendo ante el cadáver los ùltimos reponsos y oraciones y se retiró en seguida. El sepulturero cogió su pala y empezó á echar la tierra, pero como ésta se habia endurecido à causa de la helada, caian solo grandes terrones que producian sobre el ataud un sonido lúgubre y seco que helaba los huesos. Parecia que estaban bombardeando el ataud. Ya estaban todos en la calle y aùn se oian las detonaciones. Mes Bottes se soplaba los dedos, y soltando un terron, hizo observar que la pobre mamá Coupeau no iba à tener allí mucho calor.

=Señores y señoras, dijo el plomero á los amigos que quedaron en la calle con la familia, si vds. tienen la amabilidad de permitirme que les ofrezca un ligero convite.....

Diciendo esto entró él primero en una taberna de la calle de Marcadet, sobre cuya puerta se veia la siguiente inscripcion: "A la bajada del cementerio." Gervasia que se habia quedado en la acera, llamó á Gouget que se alejaba, despues de haberla saludado, con otra indicacion de cabeza, y le preguntó si queria aceptar un vaso de vino. El contestó, que no podia detenerse, pues hacia falta en el taller. Entónces los dos se miraron sin decirse una palabra.

—Suplico à vd. me dispense lo de los sesenta francos, murmuró al fin la planchadora. Estaba como loca y me acordé de vd.....

—¡Oh, no hay de qué!.... está vd. dispensada!.... Ya sabe vd. que si le ocurre una desgracia, siempre estoy á su disposicion..... pero no diga vd. nada á mi madre, porque ella tiene sus ideas y yo no quiero contrariarla.

Ella le seguia mirando y al verle tan bueno y tan triste con su hermosa barba rubia, estuvo á punto de aceptar su antiguo ofrecimiento de marcharse con él á cualquiera parte. Despues le ocurrió el mal pensamiento de pedirle prestados los dos meses que debia de casa, fuese al precio que fuese, así es que añadió temblando y con voz acariciadora:

—¿No es verdad que no está vd. incomodado conmigo?.....

El movió la cabeza y raspondió:

—No, de ningun modo, nosotros no reñiremos nunca.....Solo, que como vd. comprende, todo ha concluido entre nosotros.

Diciendo esto, echó á andar apresuradamente dejando á Gervasia aturdida con sus últimas palabras. Esta entró en la taberna, oyendo resonar sordamente allá en el fondo de sí misma la frase "todo ha concluido." Sin darse cuenta de lo que hacia, y como un autómata, sentóse, tragó un bocado de pan y queso y vació un vaso de vino que encontró delante de sí.

Hallàbanse en una larga sala de bajo techo que estaba ocupada por dos grandes mesas. Sobre dichas mesas se veian algunos litros de vino, muchos cuarte-

rones de pan y grandes trozos de queso de Brie en tres platos. Todos comian con los dedos sin necesidad de mantel ni cubiertos. En un extremo de la habitacion y junto á la estufa almorzaban los cuatro sepultureros.

—¡Cómo ha de ser! decia el Señor Madinier. Los viejos dejan el sitio á los jovenes.....La casa les va á parecer à VV. vacia cuando vuelvan.

—Oh, mi hermano va á mudarse. La tienda es una ruina.

Como se vé, todo el mundo impulsaba á Coupeau á ceder la tienda. La misma Sra. Lerat, que hacia algun tiempo estaba á partir un piñon con Lantier y Virginia, desde que habia entre ellos su poquito de aficion, hablaba de quiebra y de prision, exajerando sus temores. De pronto el plomero se incomodó, su enternecimiento se trocaba en furor, á causa de lo mucho que habia bebido.

—Oye, exclamó apostrofando à su muger, quiero que me escuches. Con tu mala cabeza te estás siempre saliendo con la tuya. Pero ahora haré lo que yo quiera, ¿me entiendes?

—¡Eso es! dijo Lantier. A ésta nunca se le convence con buenas razones. ¡Es preciso un martillo para meterle las cosas en la cabeza!

Los dos la emprendieron con ella, lo cual no impedia á las mandíbulas hacer su oficio. El queso desaparecia y el vino corria como en una fuente. Gervasia callaba y seguia comiendo á dos carrillos como si tuviese mucha hambre. Cuando ellos acabaron, alzó la cabeza y dijo:

—¿A qué viene tanto sermon? ¡La tienda me impor-

ta tres cominos! ¡Ya no quiero que ni me hablen de ella! ¿Lo entienden vds? ¡Todo ha concluido!

Entónces se pidió de nuevo queso y pan, y hablaron sériamente del asunto. Los Poisson se quedaban con ella y se comprometian á salir de fiadores por los dos meses atrasados.

Por otra parte, Boche, dàndose importancia aceptó el trato en nombre del propietario, y allí mismo alquiló á los Coupeau un cuarto que habia desocupado en el sexto piso, en el corredor de los Lorilleux. En cuanto à Lantier deseaba conservar su habitacion, si esto no molestaba á los Poisson. El agente de órden público estuvo conforme en ello, los buenos amigos siempre se entienden á pesar de sus ideas políticas. Lantier no cabia en sí de gozo, como hombre que habia hecho un buen negocio y guiñaba un ojo á Gervasia y otro à Virginia.

—¡Eh! tio Bazouge, gritó Coupeau, venga, vd. á echar un trago. Nosotros no tenemos orgullo y ademas todos somos trabajadores.

Los cuatro sepultureros echaron un trago en compañía de la reunion. El tio Bazouge miraba fijamente á la planchadora sin decir ninguna inconveniencia. Ella se levantó y dejó á los hombres que empezaban á ponerse insoportables.

Por la noche, cuando Gervasia se encontró sola en casa, se sentó en una silla, y allí estuvo largo rato como embrutecida, Parecíale que las habitaciones estaban desiertas y que eran inmensas. No era solo á mamá Coupeau á la que habia dejado en la fosa del cementerio de la calle Marcadet. Habia dejado ademas casi toda

su vida, su tienda, su orgullo de ama y otros sentimientos que echaba aùn más de ménos. Su corazon estaba desnudo como las paredes de la tienda y se sentia poseida de un horrible cansancio.

A eso de las diez, miéntras se desnudaban, Nana empezó á llorar y à patear. Queria acostarse en la cama de su abuela. Por mas que hizo su madre para infundirle miedo no pudo conseguirlo. La pequeña sentia mas curiosidad que pavura hácia los muertos y hubo que darle gusto, para que callara. Aquella noche durmió muy bien, y se estendió á sus anchas en la cama grande que era la que mas le gustaba.

BIBLIOTECA UNIV. RAFAEL RAMÍREZ